

Jonathan Rowson
los siete pecados
capitales
del ajedrez

LA CASA DEL AJEDREZ

© Jonathan Rowson

© Editorial La Casa del Ajedrez
Calle San Marcos, 41
Teléfono 91 521 2008 Madrid – 28004
Email: info@lacasadelajedrez.com
Dirección Internet: <http://www.lacasadelajedrez.com>

Título original: *The Seven Deadly Chess Sins*. Gambit Publications, 2000.

Consejero editorial: Daniel Elguezábal Varela
Traducción: Antonio Gude
Corrección: Sofia Montero Oria de Rueda – Gabriel Rojo Huertas
Diseño de portada: Claudia Tijman

I.S.B.N.: 978-84-126923-9-6
Depósito Legal: M-5065-2024

No está permitida la reproducción total o parcial de esta publicación, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopias, por registro u otros medios, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

Sumario

Agradecimientos.	5
Prefacio extenso: el mapa, pero no el territorio.	7
1 Pensamiento.	19
Pensando acerca del pensamiento.	24
El problema de los modelos.	25
Presentando a la intuición.	27
Visión.	39
El valor de la evaluación.	42
Cultivo de la intuición.	47
Las trampas de la analogía.	53
¿Confundido por la confusión?.	55
Humor y hedonismo.	60
El Tao del pensamiento ajedrecístico.	66
2 Relajación.	68
La importancia de percibir la tendencia.	69
Transformaciones: signos, señales y sensibilidad.	72
Decídase a ser decidido.	81
¿Contradicción en el corazón del ajedrez?.	92
Comunicación sin símbolos.	101
3 Avidez.	106
¿A qué está usted jugando?.	111
Déjese llevar por la corriente.	112
<i>Gumption</i>	114
La función "más-igual".	116
La teoría de la infinita resistencia.	124
Metiendo el balón en el fondo de la red.	130

4	Materialismo	133
	Aprendizaje temprano.	138
	¿Cuál es la clave?.	139
	Ajedrez excepcional.	146
	¿Somos más materialistas que los ordenadores?.	156
	Angustia.	161
	¿Trozos de madera o bloques de energía? La fórmula $E=mc^2$ del ajedrez.	166
	Las cuatro dimensiones del ajedrez.	172
5	Egoísmo	180
	Sujetos y objetos.	182
	"Intersubjetividad".	189
	Responsabilidad.	195
	Profilaxis populista.	198
	Otras caras del egoísmo.	205
6	Perfeccionismo	207
	Moralizar.	207
	"Crímenes de imitación".	212
	Pan, mantequilla y mermelada.	214
	Las causas de los apuros de tiempo (y algunos remedios).	216
	Pragmatismo.	221
	Confianza.	226
7	Dispersión	233
	"Transferencia de tensión" y "secuestros neurales".	233
	Guía rápida de supervivencia en apuros de tiempo.	239
	Extravío y "pérdida".	240
	Encontrando el hilo.	246
	"Ecos".	251
	El arte de la concentración.	259
	Conclusión: la redención del autor.	261
	Índice de jugadores.	262

Agradecimientos

He tenido la fortuna de recibir numerosas ayudas en este libro, y una buena parte de ellas procede de las sugerencias y experiencias de otros. No se me ocurre la forma ideal de disponer los nombres de esas personas, así que las iré mencionando a medida que me vienen a la mente. Mi agradecimiento a:

Stan Lovell y Graham Lilley, por su información acerca del proceso de pensamiento de los jugadores ciegos.

Enmanuel Urien, por sus útiles sugerencias acerca de la estructura del libro. Nunca encontré el *Kairos*, sin embargo. Tal vez no era el momento oportuno.

Joe Redpath, por permitirme utilizar sus partidas y por poner a prueba mi ingenuidad al ser tan obstinado.

Eduardas Rozentalis, por sus e-mails con comentarios y una bonita partida.

Luke McShane, por vencerme sin piedad en ICC, persuadiéndome así de que debía regresar al trabajo.

Mark Dvoretzky, por compartir sus pensamientos en ajedrez, y corregir algunas malas concepciones.

Artur Yusupov, por sus ideas sobre profilaxis y por mostrar poco interés en la cuestión de "¿qué es una ventaja?", dejándome así el peso del voluminoso capítulo 2.

Nigel Short, por una larga (¡y costosa!) conversación telefónica y su ayuda sobre cómo desarrollar la idea del humor en ajedrez.

Steven James, por aspirar a ser un mejor jugador, y explicarme las dificultades de hacerlo, así como por ser uno de los pocos interesados en Pirsig.

John Shaw, por enviarme un libro, jugar una buena partida conmigo, y aportar notas a su partida con Agdestein, para la cual, lamentablemente, no he encontrado espacio.

John Henderson, por prestarme algunos libros, y mostrar su desacuerdo por mi lista original de pecados de pretenciosa sonoridad, haciendo así que este libro sea algo más amistoso para el lector.

Tony Miles, por sus pensamientos sobre humor, y por sus humorísticos pensamientos.

Paul Motwani, por demostrarme sabiamente que, a veces, la mejor ayuda es no ayudar en absoluto.

Merijn van Delft, Lucien van Beck, Jan Gustafsson y el irreprimible Karel van Delft, por invitarme a Holanda y compartir algunos pensamientos sobre sus partidas.

Keith Arkell, por sus útiles ideas para el capítulo 2 y notas a su partida contra Miles.

Danny Gormally, por aportarme un buen ejemplo de *dispersión*.

Tiger Hillarp Persson, por hablarles a sus piezas y por varias perspicaces aportaciones.

Jonathan Levitt, por sus estímulos y por indicarme libros sobre psicología del ajedrez.

Joel Benjamin, por sus observaciones acerca de *Deep(er) Blue* y por el siguiente consejo, cuando me sentía saturado: "Asegúrate de incluir algunos chistes en el libro, y te sentirás bien."

Dave Gomboc, por compartir conmigo sus conocimientos sobre programación de ajedrez.

Dave Ottesen, por enfatizar en que el autoengaño es muy común entre los jugadores de nivel medio, lo que me obligó a revisar el prefacio.

Richard James, por instrucción ajedrecística hace más de una década, por una cita *citable*, y por una interesante anécdota.

Jonathan Parker, por sus pensamientos sobre *dispersión y perfeccionismo*.

Dharshan Kumaran, por sugerir que los lectores me perdonarán por teorizar tanto, siempre y cuando los comentarios de las partidas sean buenos.

Peter y Noemi Wells, por aportar material y por sus constructivas conversaciones, en las Canadian Rockies.

John Saunders, por echarme una mano siempre que la necesité.

Rob Bertholee, por sus pensamientos sobre cómo los *aliens* pensarían el ajedrez.

Los miembros de los clubes de Edimburgo y Edmonton, por suministro de material de conferencias relacionadas con *pensamiento y materialismo*.

John Emms, por hacerme firmar por la línea de puntos, esta vez sin cigarrillo, y por las notas a su partida contra Webster.

Gambit Publications, en general por sus útiles sugerencias, preguntas constructivas, paciencia y flexibilidad, y a Graham Burgess, en particular, por ayudarme a resolver problemas analíticos, como los del final Saily – Jansa.

Neil McDonald, por leer todos los capítulos y hacerme partícipe de todo un mundo de sanas sugerencias y reacciones reveladoras.

Jim Falzarano, por un encuentro azaroso en el tren, seguido de un sencillo consejo acerca de cómo hacer más legible el libro: sus sugerencias, capítulo a capítulo, han sido impagables.

Mis "indolentes" compañeros de piso, Nick y Stew, durante meses de guasa, que me mantuvieron con los pies en el suelo, con la confusa seguridad de que había ido cumpliendo los plazos, y por haberme demostrado su interés y apoyo en el libro. Stew fue especialmente útil (y divertido) cuando tuve que decidir los nombres de los pecados.

Mi madre y Ray, por su decidido apoyo y ánimos.

...y, finalmente, a Shiva, por sus llamadas telefónicas llenas de sentido común, nuestro lenguaje privado, matando al "monstruo del sueño", y dejándome "trabajar por un rato."

Gracias a todos ellos, y a muchos otros, los errores de este libro, de los que soy responsable, serán de mayor calidad, y más instructivos, de lo que lo habrían sido si me hubiesen dejado cometerlos solo.

Prefacio extenso: el mapa, pero no el territorio

En ajedrez, uno acaba comprendiendo que toda educación es, en definitiva, auto-educación.

GERALD ABRAHAMS

The Chess Mind

Este amplio prefacio constituye una útil lectura de trasfondo, para ayudarle a entender los pecados del ajedrez que a continuación se describen. Incluye mis pensamientos acerca de la naturaleza del ajedrez y las fuentes del error, la mayoría de los cuales, creo, tiene su origen en la forma en que está constituido el juego.

Por supuesto, cualquier tipo de teorización acerca del ajedrez es una difícil empresa, y al no saber cómo comenzar un libro así, empecé por la oscuridad. Tengo, sin embargo, la esperanza de que sea la comadrona de la claridad. Consideremos la siguiente situación:

Ahí está usted, anotando sus jugadas, pulsando el reloj, moviendo sus piezas.

¿O bien moviendo las piezas?

En fin, ahí está, con su cerebro, sus emociones y todo su sistema nervioso.

Su ego y su Elo.

Y su oponente.

La adrenalina sube. ¿La siente?

¿Era realmente yo...? Pero no ha visto esa línea con...

Todas esas variantes, tic tac, tic tac.

Tal vez no me sienta bien, pero sé que ese momento no volverá a pasar.

Ahora piensa, piensa. Tengo que pensar, pienso. Puedo contar, pero nunca es suficiente.

Se han vuelto las tornas y voy a perder. Debo esforzarme más.

¿Quién lleva aquí la voz cantante?

¿Sí? ¿Acaso él lo sabe?

¡Oh, lo ha olvidado! ¿Qué quieres decir con que cambia siempre? Entonces, ¿quién domina el cobarro?

¡Oh, lo hicieron! ¿Lo hicieron? Bueno, las sacaremos fuera...

¿Qué quiere decir con que no podemos?

¿Dónde están? ¿La naturaleza del juego? Pero es urgente. ¿Cómo puedo alcanzarlas?

¿Qué significa que siempre están presentes? ¿Por qué no puedo verlas?

¿Puedo?

Ahí está usted, de nuevo, anotando sus jugadas, pulsando el reloj y moviendo sus piezas.

Así, una y otra vez...

Teología del ajedrez

Es cierto que no podemos librarnos del pecado, pero debemos conseguir, al menos, que nuestros pecados no sean siempre los mismos.
SANTA TERESA DE JESÚS

El pecado, muchos pecados, ésa es la materia que da título al libro, pero ¿cómo entiende usted la palabra *pecado* y qué tipo de pecados cree que son los predominantes en ajedrez? Bueno, todos los pecados ajedrecísticos que he seleccionado están implícitos en el anterior exabrupto, y espero que pueda identificarlos una vez que haya leído el libro. Sin embargo,

y aunque creo que el entendimiento de cada pecado le permitirá iluminar la comprensión de sus propios pecados, tal vez sea más importante aún entender lo que quiero decir por *pecado* en ajedrez.

Sería tentador entrar, en esta fase, en un largo debate teológico, pero le ahorraré sinsabores, declarando únicamente mi propia interpretación. **El pecado (en ajedrez) es una mala interpretación de la realidad (ajedrecística).** Lo que sigue no es, en modo alguno, religioso, pero puede resultar sorprendentemente útil para la comprensión del ajedrez.

Según *The Lutterworth Dictionary of the Bible*, "El 'pecado' representa una intrusión en la creación y en la experiencia humana. No le pertenece; es un número nulo en la ecuación humana, no tiene lugar ni asidero, ninguna racionalidad... Se trata de una corrupción de la condición humana y una discapacidad de la posibilidad humana... Arraiga en un soberbio egotismo y se manifiesta a través de una deformada voluntad y de un sistema de valores. Afecta a todos, individual y colectivamente...". También hay que decir que la palabra más habitual para el *pecado* en el Antiguo Testamento contiene la noción primaria de "pérdida del camino hacia el objetivo." Pecado, en este sentido, significaría "fallo", "falta" o "error". En el Evangelio de San Juan, pecado es lo contrario de conocimiento, y "gracia" es el remedio para el pecado. El uso del término *pecado* normalmente sugiere una condición pecaminosa, y no sencillamente un acto pecaminoso.

De modo que, a partir de esto (y más), parece que esa sombría muestra de reivindicación, "todos somos pecadores", no quiere decir que todos seamos "malos", "inmorales" o inclinados al mal, sino que, en cierto modo, "no lo conseguimos." Nuestra relación con la realidad es de fundamental ignorancia, antes que de corrupción moral. Nuestra actitud hacia este dilema no tiene por qué ser de vergüenza y culpabilidad, sino de aceptación pura

y simple de nuestras limitaciones y un deseo de extraer lo mejor de nosotros mismos, a pesar de ellas.

Mucho más podría decirse aquí, pero imaginemos que la realidad a considerar es "la realidad de nuestro juego del ajedrez." Algunos pueden decir que el ajedrez está "mal entendido" si se lo trata como un arte, cuando es, en realidad, un juego, y viceversa. Quizá malinterpretar el ajedrez pueda ser jugar demasiado rápidamente, porque, en cierto modo, la esencia del juego se distorsiona si no pensamos. Sin embargo, la pregunta "¿qué es el ajedrez?" es un tanto cansina y probablemente sea una absoluta pérdida de tiempo. Sospecho que poco puede conseguirse buscando una categoría nítida de la experiencia humana en la que este rastreo se sienta a sus anchas. No puedo aceptar que el ajedrez tenga "esencia" de algún tipo, y creo que está destinado a permanecer escurridizo y nómada, con mayor frecuencia si es encerrado en una jaula de definiciones que al contrario; en cualquier caso, resulta ser un laberinto. Dicho esto, hay mucho que ganar examinando minuciosamente por qué estamos tan fascinados por el ajedrez y por qué esa fascinación tiende a agrandarse. Este enfoque quizá no nos revele cuál es "la realidad del juego de ajedrez", asumiendo que exista algo así, pero puede decirnos algo acerca de nuestra experiencia de esa realidad, que es, al menos, la única realidad que conocemos, y quizá la única realidad existente.

En primer lugar, pienso que todos sentimos que el ajedrez nos hace de algún modo felices o, al menos, nos ayuda a escapar del sufrimiento. Dicho por el Dr. Tarrasch: "El ajedrez, como el amor, como la música, tiene la virtud de hacer felices a los hombres." Sin embargo, pocos conocemos el contexto de esa declaración, que es aquí mucho más útil: "El ajedrez es una forma de producción intelectual, y en ello reside su peculiar fascinación. La producción intelectual es una de las gran-

des satisfacciones –si no la mayor– de la existencia humana. No todos pueden escribir una obra de teatro, construir un puente, o idear siquiera un buen chiste. Pero en ajedrez todo el mundo puede, y desde luego debe, ser intelectualmente productivo, y participar así de ese selectivo placer."

No estoy diciendo que el ajedrez *sea* "una producción intelectual", pero ¿no cree usted que la declaración de Tarrasch resulta convincente? Quiero decir que podemos ser "intelectualmente productivos" en nuestra persecución de la victoria, en nuestro amor por la belleza ajedrecística, en nuestras devotas preparaciones, en nuestros *cerveceros* post mortems. ¿Cuáles son los requisitos para que esta productividad intelectual se produzca? Un juego de ajedrez, un reloj, una planilla, un bolígrafo, un oponente y, por supuesto, nosotros mismos. Nosotros. Somos los principales instrumentos de la realidad ajedrecística. Hacemos que suceda. A través de nuestros pensamientos, emociones, nervios, esperanzas, temores, evaluaciones, planes, visión y muchas más cosas que nos conceden la oportunidad de ser intelectualmente productivos.

Ésta es la cuestión. **Si el pecado es una mala interpretación de la realidad, y nosotros somos los principales instrumentos de la realidad ajedrecística, gracias a un mejor conocimiento de nosotros mismos podremos entender el pecado en ajedrez.** Creamos la partida de ajedrez a través del proceso de jugar, pero el proceso de jugar requiere, sobre todo, nuestros pensamientos y nuestras emociones. Si debemos ser menos "pecaminosos" en nuestras partidas de ajedrez, necesitamos vigilar nuestros pensamientos y emociones, sus síntomas y sus fuentes. Con mucho determinamiento. Primero, porque pensamientos y emociones tienen, por propia naturaleza, inclinación a seguir "su propio camino" y, segundo, porque cuando jugamos al ajedrez *somos* nuestros pensamientos y emociones. La calidad de éstos y su adecuación, determinan

su fuerza ajedrecística en un momento dado.

Suponiendo que ésta sea una formulación plausible del papel del *pecado* en ajedrez, ¿cómo podremos desarrollar el título de este libro? Bueno, para ser honesto, su principal atracción reside en que tiene gancho y posiblemente pueda atraer a un amplio público lector, pero más allá de eso, también es un poco malinterpretable, puesto que la tradición cristiana tiende a referirse a los pecados en cuestión (soberbia, avaricia, lujuria, gula, envidia, ira y pereza) como pecados "capitales", antes que "mortales". En este contexto, "capital" no implica que los pecados "mortales" merezcan la pena de muerte o capital. Más bien, y como sugirió Santo Tomás de Aquino, su sentido es "principal, líder, director" y los pecados capitales serían la fuente de otros pecados, en gran parte porque sus fines, como la salud, resultan tan seductores que requieren otros pecados para su realización.

Todo esto está muy bien, pero ¿de qué forma puede ayudarle a mejorar su ajedrez?

Los siete pecados y qué los hace tan mortales

Antes de proseguir, le recomiendo que eche un vistazo al comienzo y al fin de los siete capítulos siguientes, para tener una idea de a qué se refiere cada uno de ellos.

Estoy seguro de que hay muchas formas en que los jugadores de ajedrez pueden considerarse pecadores, según el uso convencional del término. Entre los debutantes, siempre hay una buena cantidad de "orgullo" y de "envidia", en relación con la opinión de un jugador, o su fuerza de juego con respecto a otros. Esto está relacionado con *egoísmo*. La "gula" es evidente. Si no se trata de cerveza o consumo de curry, entonces sólo puede serlo de *materalismo* ante el tablero. "Avaricia" guarda similitudes con *perfeccionismo*, "lujuria" con *avidez*, y quizá "odio", cuando perdemos el hilo del juego (*dispersión*), o quizá sólo cuando perdemos.

Sin embargo, esto no es el "pecado", tal como yo lo entiendo. Asumiendo que podemos darle sentido a una "condición pecadora" en la vida, entonces debería existir la forma de aplicarlo al ajedrez. Mi tarea, por tanto, consiste en mostrar las formas en que estamos patológicamente inclinados al pecado en ajedrez, aunque no acabemos cometiendo actos pecaminosos. **Los pecados surgen de una condición en la que todos nos encontramos, pero son las fuentes del error, antes que los errores como tales. De modo que los siete pecados mortales del ajedrez, si los hemos detectado bien, debieran ser los tipos de fallos psicológicos que conducen, en la abrumadora mayoría de las partidas, a nuevos errores ante el tablero.**

En cualquier caso, he llegado a pensar que los siete *pecados* tienen mucho de qué responder.

No creo que sea posible asimilar todos los errores del ajedrez a estas siete serpientes, pero sí creo que la mayoría de los errores

(pequeños y burdos), así como los casos de razonamiento erróneo, se derivan de ciertas patologías psicológicas a las que todos tenemos inclinación. Usted puede identificarse a sí mismo con uno o más de estos pecados, y eso guarda relación con su particular personalidad y con su actitud hacia el ajedrez. Sin embargo, creo que los pecados abajo detallados están contenidos en la propia naturaleza del ajedrez y en la forma en que nosotros lo entendemos. Por consiguiente, mi objetivo en este libro es sugerir formas en las que podamos ser más conscientes de nuestro dilema, y tomar medidas para inhibir nuestra condición pecadora e impedir que nos lleve a cometer errores. En otras palabras, creo que no hay forma de que pueda usted evitar que estos siete pecados se manifiesten de un modo u otro, mientras participe en el ajedrez de competición, pero es mi obligación poner el dedo en la llaga, es decir, permitirle una mejor comprensión de cómo este "ajedrez pecador" surge y qué puede hacer al respecto.

Pecado	Síntomas habituales	Antídoto principal
1. Pensamiento	Confusión, limitaciones de modelos, falta de fe en la intuición, "burocratización"	Intuición
2. Relajación	Omisión de los momentos clave, falta de "sensibilidad a la tendencia" y "sensibilidad al momento"	Sensibilidad
3. Avidez	Apego a los resultados, negligencia, "apuntarse a la victoria", expectación	Sentido común
4. Materialismo	Mala evaluación, falta de dinamismo, errores de omisión	Pluralismo
5. Egoísmo	"Ignorar" al oponente, miedo, poco sentido práctico	Profilaxis
6. Perfeccionismo	Apuros de tiempo, "exquisitez", "moralización", "crimen de imitación"	Confianza
7. Dispersión	"No captar el plan", desviación, "secuestros neutrales", "transferencia de tensión"	Concentración

Por último, debo decir que mi mayor dificultad a la hora de escribir este libro fue tratar de identificar en cada momento estos pecados. Creo que son distintos, pero me parece que los errores en ajedrez pocas veces (si es que existe alguna) se producen por una sola razón, de modo que un único error a menudo puede atribuirse a más de un pecado.

Así, por ejemplo, demasiado *pensamiento* puede considerarse *perfeccionismo*, omitir momentos clave (*relajación*) puede llevarnos hasta la *dispersión*. Del mismo modo, los ejemplos y explicaciones incluidos, le permitirán identificar claramente cada pecado, y estoy seguro de que comprobará que los pecados son extrañamente complementarios. Los problemas que surgen de sus emociones y procesos de pensamiento parecen ser incestuosos, y el nacimiento de muchos errores en el tablero es propiciado por una orgía pecaminosa.

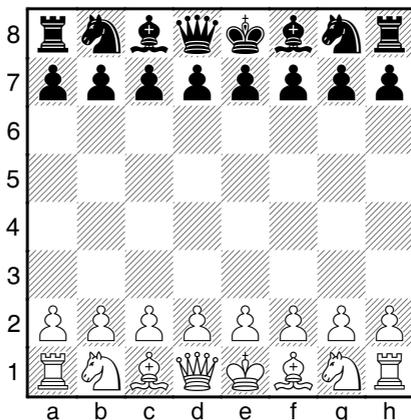
La gracia de Caissa

Nada sucede. Nadie viene, nadie va. Es horrible.

SAMUEL BECKETT
Esperando a Godot

Observe la batalla en que está inmerso. Está cazado en ella: usted es la batalla.

J. KRISHNAMURTI



Sospecho que ya ha visto antes esta posición.

¿Qué opina al respecto? ¿Alguna sugerencia? ¿No le sorprende que no pase nada, que la posición sea absolutamente estática? ¡Nada está sucediendo! Por supuesto, si movemos unas cuantas piezas e integramos las fuerzas, podremos observar alguna "acción" en el tablero. No sé usted, pero incluso entonces, cuando trato de aclararme yo mismo y mirar al tablero, siempre tengo una extraña sensación de inercia. Cuando consigo efectuar una jugada, tengo la sensación de que está sucediendo algo significativo, pero cuando me olvido de que soy un jugador de ajedrez y sólo *miro* allí, entonces no parece haber nada más que una simple configuración de madera. Toda la acción está creada en mi cabeza por reglas y evaluaciones que se han vuelto habituales a lo largo de los años. Al llegar a esta conclusión, siento alguna emoción y, como de costumbre, esta emoción conduce a posteriores reflexiones. ¿Qué es lo que esto sugiere?

La partida de ajedrez no se juega sola, pero usted sí lo hace. A diferencia de su cerebro, el ajedrez no es un sistema autorganizado. Pensar está en la naturaleza de la mente, como también establecer conexiones por sí misma. Las emociones también pueden ser autónomas, instantáneas y, con frecuencia, inexplicables. Pero el ajedrez no tiene significación, ni carácter, ni personalidad, a menos que nos involucremos en él. La posición anterior ni siquiera es "una posición", hasta que no poseemos un conocimiento básico del ajedrez. Pero en cierto modo, sólo Caissa lo sabe, este juego ha evolucionado hasta su forma actual, deleitando a millones de seres humanos, que han sido cautivados por su encanto. Estoy inspirado por la posición anterior y todo lo que representa, porque permite enormes oportunidades para utilizar y desarrollar una vasta disposición de características humanas distintivas.

He llegado a calificar esta posición como *la gracia de Caissa*. Mediante una concepción milagrosa, nos ha obsequiado con un juego extraordinariamente fértil, en el que cada lucha tiene un carácter nuevo y, por tanto, podemos experimentar la sensación de vivir nuevas vidas. Si el remedio para el pecado es la gracia, *la gracia de Caissa* debe consistir en demostrar nuestra humanidad en el tablero. De forma que podemos considerar nuestras jugadas como un reflejo de nosotros mismos, así como podemos ver un rostro tranquilo en un estanque, reflejado en la quietud del agua. Caissa revela que los errores que cometemos tienen su origen en el pensamiento y en las emociones, y creo que nos obliga a examinar la forma en que pensamos y sentimos ante el tablero. De esta forma, podremos llegar a conocernos mejor, y extraer lo mejor de nuestra condición "pecadora".

En una esfera distinta, pero relacionada, consideremos que las computadoras no "juegan" al ajedrez, sino que usted lo hace. Las computadoras computan; usted, no. La principal razón por la que son tan increíblemente fuertes, en controles rápidos de tiempo y en posiciones complicadas, es que no tienen nervios ni conciencia propia, mientras que usted, sí. Las computadoras no tienen sentido de la importancia de la lucha. Usted sí. Las computadoras no tienen ego, no tienen miedo, no sienten la presión del tiempo. Usted sí. Las computadoras no disfrutaban del ajedrez. Pero usted sí —o eso espero—.

Así pues, volvamos al diagrama, y a la configuración de madera que simboliza. Me permitiré recurrir a una idea taoísta para explicar por qué esta posición es tan fascinante. La idea se llama "el valor de lo indefinido" y, en aras de nuestro razonamiento, se transmite imaginando un trozo de madera no tallada. Ese pedazo de madera no constituye ningún objeto particular ni sirve a función concreta alguna.

No tiene una forma característica y no ofrece ningún valor estético. La única forma de hacerlo útil es tallarlo de algún modo, pintarlo, barnizarlo y hacer algo con él. ¿No es así? No. Pensemos un poco más y comprenderemos el inmenso valor de este bloque de madera sin tallar. Una vez tallado, se habrá convertido en algo, pero también se habrá perdido algo. Puede convertirse en una cosa, pero pierde su potencial original de ser un infinito número de cosas distintas. Así, como Santo y Steele, escriben en su *Guidebook to Zen and The Art of Motorcycle Maintenance* (Guía del Zen y el Arte del Mantenimiento de la Motocicleta), "se logra una valiosa realidad, pero se ha perdido un depósito más valioso de potencialidad."

¿Va comprendiendo el lector adónde vamos a parar? Piense en la posición inicial, y piense en usted mismo. ¿Qué pasa si al pedazo de madera pudiese dársele una forma definida y conservar, al mismo tiempo, su infinita potencialidad? En tal caso, contaría usted tanto con el valor de la forma adquirida como con la ilimitada abundancia de formas. ¿Es esto posible?

No con el pedazo de madera. ¿Durante una partida de ajedrez? No. ¿Con el juego del ajedrez? Sí. ¿Con usted mismo? Sí. Volveremos a esta idea, pero por ahora, piense sólo en las muchas formas que puede aplicarse al ajedrez. Consideremos, por ejemplo, la condescendiente ocurrencia "los peones no mueven hacia atrás". Cuando usted juega 1.e4 para abrir paso a su alfil y su dama, está irremediabilmente debilitando el peón "e" y las casillas "f3", "f4", "d3" y "d4" (puesto que pierden el apoyo del peón "e"). Por supuesto, la agonía definitiva del aspirante taoísta es el *zugzwang*. El equivalente a un veredicto obligándole a tallar, bajo pena de muerte, el trozo de madera. ¿Qué haría usted en tales circunstancias?

Dejando eso a un lado, creo que hay dos cosas principales que sorprenderían al extrate-

restre que se encontrase observando un torneo de ajedrez. La primera es que el rendimiento en cada partida es diferente, porque la aportación de los jugadores varía cada vez. La segunda es que el proceso externo parece ser exactamente el mismo. La sorpresa es ésta: millares de terrícolas gastan millares de horas esforzándose sobre un tablero cuadrado con piezas de madera tallada, aparentemente, sin razón. Y lo que es peor, cuando parece que su infructuosa tarea ha sido agotada, regresan más tarde, vuelven a disponer estas piezas en lo que parece ser la posición inicial, ¡y comienzan de nuevo!

Confío en que un simpático *ET* acabaría por apreciar el deleite de algo tan absurdo. Puede que también le sorprendiese ese aspecto del juego que se ha convertido en algo aún más fascinante en esta era de las computadoras: el hecho de que el ajedrez, a pesar de que muchos teman lo contrario, parece ser inagotable. Esto siempre me ha asombrado, como algo mágico, dado el número finito de casillas y de piezas, así como de las precisas reglas del ajedrez. Pero creo que aún más inspiradora es la dimensión humana del juego: la forma en que nos sentimos obligados a regresar a este tablero "sin tallar" con la aparente necesidad de darle a la partida una forma definida. Esta analogía no es, desde luego, perfecta –las analogías nunca lo son– pero mi respuesta al hombre del hacha sería un tablero y unas piezas cuidadosamente tallados.

Hablando más en serio, es lo que incorporamos a la lucha ajedrecística lo que determina el desenlace de la partida, tanto en términos de calidad de la lucha como del resultado final. La "forma" que usted le concede a la posición de ajedrez es una manifestación externa de lo que se encuentra en su interior. Dicho de otro modo, la posición inicial es su pedazo de madera, un pedazo al que el juego nos permite regresar. Sus pensamientos y emociones son su gubia y

su barniz. El baile de sus piezas es su obra en marcha y tiene que darle una forma definitiva a su trozo de madera cuando se haya producido un resultado. Lo que me interesa, y de lo que este libro trata, es de cómo hacer el mejor uso posible de la gubia y el barniz. Sea cual sea su nivel como jugador, la forma en que usted dispone sus pensamientos y emociones es lo que importa. Así que olvídense, o deje a un lado, la importancia de la agudeza táctica, la preparación de aperturas, "la fuerza de los peones" y todos los aspectos técnicos para mejorar su ajedrez. Por supuesto, hay formas ilimitadas de mejorar su comprensión del juego, pero este libro trata de ayudarle a reconocer las fuentes del error, a medida que van surgiendo en sus pensamientos y emociones. Se trata de promover la propia conciencia y cuestionar nuestras formas de pensamiento convencionales. Así que pregunto: ¿cómo estamos preparados para la lucha ajedrecística?, y ¿qué forma deberíamos darle a esa lucha?

Ajedrez y personalidad

Abuela a nieto: "*¿Por qué te rascas?*"

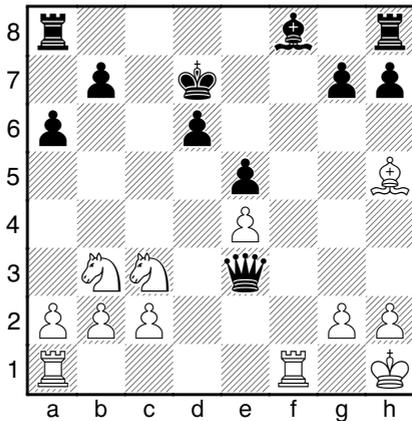
Nieto: "*Porque sólo yo sé dónde me pica.*"

De modo que si sus jugadas de ajedrez son una manifestación externa de quién es usted en un momento dado, puede que haya una relación útil entre tipos de personalidad y tipos de errores ajedrecísticos. Por otro lado, puesto que este libro trata del pecado como fuente de error, se diría que diferentes tipos de personalidad estarán más inclinados a ciertos pecados. En este sentido, un jugador de 1.400 de Elo que tiende a sufrir de *perfeccionismo* y *dispersión*, puede tener más en común con otro de 2.400 que sufra de los mismos pecados, que con un jugador de 1.400 cuyos pecados habituales sean *relajación* y *egoísmo*.

¿Yo?-¿Kasparov?

Edimburgo 2000, sueño de vigilia

1.e4 c5 2.♘f3 d6 3.d4 ♘f6 4.♘c3 cxd4
5.♘xd4 a6 6.♙d3 e5 7.♘b3 ♘g4!?!? 8.♙c4
♘xe3 9.fxex3 ♙e6 10.♙d5 ♚b6 11.0-0 ♘d7
12.♚h5 ♘f6 13.♙xe6 ♚xe3+ 14.♙h1 ♘xh5
15.♙xf7+ ♘d7? 16.♙xh5



Alcancé esta posición moviendo unas pocas piezas con alguna música de fondo. He olvidado lo que estaba escuchando, pero supongo que era algo corriente, posiblemente algún tipo de jazz. En cualquier caso, acababa de leer una entrevista con David Bronstein, en la que hablaba de su tristeza por la falta de creatividad en el ajedrez de alto nivel de nuestros días. Como tenía un gran respeto por las opiniones de Bronstein, comencé a soñar despierto con que vencía a Kasparov, bajo la mirada aprobadora de Bronstein, que saboreaba deleitado mi genio creativo. Sin embargo, quizá tenga aún más respeto por el ajedrez de Kasparov, de modo que, en un extraño hecho de simultaneidad, también sentí que en cierto modo yo era Kasparov, y que él también hubiera aprobado mi juego. En cualquier caso, era una sensación un poco vaga y confusa, pero cuando jugué la inusual y bastante sospechosa 7...♘g4, tenía negras y Kasparov hacía gestos de divertido menosprecio, mientras yo disfrutaba desafiando

do la sabiduría convencional en cuanto al control de la casilla "d5". Entonces, después de 13.♙xe6 (en realidad, un error, ya que 13.♙xf6 gana), tenía las blancas y Kasparov parecía confiado, como que había descubierto y jugado la idea blanca, y también claramente preocupado de que las negras recibieran pronto mate por un pariente por mí desconocido. Este flujo de pensamiento fue interrumpido por una llamada telefónica, después de la jugada 16 de las blancas, y "Kasparov" fue sacado del apuro. Los sueños pueden ser maravillosamente oscuros, pero estoy divagando.

La principal función de este pequeño escenario de sueño es provocar una reacción del lector, y considerar qué sugiere esta respuesta acerca de su personalidad y su relación con el ajedrez. A muchos les parecerá irrelevante e inútil, a otros les parecerá vagamente divertido, aunque inventado. En cualquier caso, su reacción será una evaluación basada en su personalidad, de modo que por favor aproveche esta ocasión para pensar en su evaluación ajedrecística en general, su actitud hacia el juego y cómo está conformada su personalidad. Para sacar el máximo provecho de este libro, le resultaría provechoso detenerse un momento a considerar si está usted inclinado a "pensar" o "sentir" a su modo las soluciones en la vida cotidiana. ¿Asume la responsabilidad de sus actos? ¿En qué aspectos se engaña a sí mismo? ¿Se preocupa, en general, por los detalles, o le obsesiona hacer bien las cosas? Cualesquiera que sean sus respuestas, la forma en que enfoca el ajedrez puede decirle mucho acerca de quién es usted, lo que es en principio bueno, asumiendo que sea algo que desee saber.

Personalmente, mejoré mucho mi ajedrez cuando me paré a considerar mi personalidad y cómo había cambiado. En general, soy curioso, inquieto, idealista y poco práctico. En el sentido ajedrecístico, esto se manifiesta muy claramente en la forma en que cometo errores, pero

también da lugar a una falta de impulso competitivo, pues con mucha frecuencia estoy demasiado interesado en las ideas para ser un serio luchador. Por otra parte, cuando juego, tengo muy buen sentido en cuanto a cómo puede desarrollarse la partida, y esto significa que puedo evaluar bien, pero el resultado de la lucha no siempre es mi principal preocupación, de modo que a menudo me falta determinación en los momentos críticos y tengo inclinación a perder el hilo, cuando la partida deja de seguir mi idea o el curso que yo creo debería haber seguido.

Repensar la psicología del ajedrez

Debemos comenzar por lo subjetivo.

J. P. SARTRE

Debo confesar que puedo salir fuera de mi nivel de competencia en lo que sigue. No tengo una formación específica en psicología o neurología, y las ideas que planteo aquí deberían considerarse, por tanto, con una prudente reserva. No obstante, me siento lo bastante confiado como para compartirlas con el lector, y espero que éste sea caritativo al interpretar mis siguientes comentarios.

De siempre, el ajedrez ha tenido mucho interés para los psicólogos, porque constituye un sistema relativamente establecido que permite analizar el pensamiento humano. Sin embargo, tengo la impresión de que a la mayoría de los estudios académicos sobre ajedrez se le escapa una buena parte que es esencial, en cuanto a la forma en que el jugador de ajedrez piensa y siente. Relaciono a continuación las que creo son las investigaciones psicológicas sobre ajedrez mejor documentadas: Djakov, Rudik y Petrovsky (1927), Abrahams (1951), De Groot (1966), Chase y Simon (1973), Holding y Reynolds (1982), y Robbins y otros (1996). No pretendo considerarlos en grupo, ni tampoco subvalorar algunos de los extremadamente valiosos hallazgos sobre la mente del

ajedrecista que sus respectivos trabajos han producido. Pero creo que son culpables de pensar acerca del ajedrez enfocándolo como una búsqueda exclusivamente cognitiva, donde se eligen jugadas y posiciones sólo sobre la base de modelos mentales e inferencias. La mayoría de estas investigaciones se centra en la reconstrucción de posiciones del tablero, el papel de la memoria, la importancia del reconocimiento de modelos y consideraciones empíricas acerca del desarrollo de la intuición o "visión" ajedrecística. Gran parte de estos trabajos es interesante y útil para entender el funcionamiento de la mente humana, pero siento que, puesto que desdeñan considerar las formas en que la participación en la lucha humana influye sobre la función cognitiva, estos autores omiten una característica verdaderamente crucial de la competición ajedrecística: **la emoción**.

Para ser honesto, debo decir que todos ellos mencionan el papel de la emoción en ajedrez. Por ejemplo, el estudio soviético de 1927 se refiere a "emociones disciplinadas", "autocontrol" y "nervios fuertes" en una lista de "características importantes para el éxito en ajedrez al más alto nivel". Aun así, la emoción parece considerarse como algo un tanto separado de la forma en que la mente ajedrecística funciona. Es sorprendente que esto haya sido así durante tanto tiempo, porque los escritos de Blumenfeld, en los años treinta, demostraban que el pensamiento de un jugador de ajedrez tiene un enorme contenido emocional, en relación con otros tipos de pensamiento. Incluso el clásico de Krogus, *La Psicología en Ajedrez* (1976), que hace considerable referencia a la emoción y le consagra un capítulo ("Las emociones en ajedrez"), se abstiene de desarrollar una teoría sistemática de la relación entre "emoción ajedrecística" y "pensamiento ajedrecístico". Se incluyen algunas anécdotas, pero parece como si la emoción se asumiera como un fenómeno temporal o fugaz, que deberíamos controlar

caso necesario, antes que algo que está continuamente presente e integrado en nuestros procesos de pensamiento.

En el capítulo 5 de *The Psychology of Chess (La Psicología del Ajedrez)*, Hartston y Wason aportan un excelente panorama de la mayoría de las investigaciones psicológicas realizadas, y efectúan a renglón seguido una importante cualificación: "Nos parece que las teorías asociadas con los experimentos de la reconstrucción de posiciones del tablero, representan un cuadro idealizado del maestro de ajedrez que puede ser mal interpretado. Jugar al ajedrez (a cualquier nivel) no es sólo la actividad cerebral de búsqueda inconsciente, guiada por 100.000 modelos almacenados en la memoria a largo plazo. Con la misma frecuencia, y como estará de acuerdo cualquier ajedrecista, son los temores y las esperanzas los que parecen influir en la elección de una jugada. Curiosamente, el jugador más flojo tenderá a exagerar tanto sus ventajas como sus desventajas, pensando que puede ganar en una buena posición, y que está perdido en una mala posición. Este vínculo emocional parece menos evidente a niveles más altos...".

Mi primer pensamiento está relacionado con lo que esto puede significar en cuanto a las capacidades que se requieren para jugar bien al ajedrez. Quizá con el mismo pensamiento, el GM Jonathan Levitt, en su original y emprendedor libro *Genius in Chess*, concibe una ecuación: el Elo de un jugador, tras muchos años de intenso esfuerzo, tiende a aproximarse a diez veces su coeficiente de inteligencia + 1.000. Esto no puede sino ser controvertido y, si no está equivocado es, al menos, incompleto. Como los autores antes citados, Levitt asume que es esencial cierto control de las emociones para tener éxito en ajedrez, pero entonces está ignorando, más o menos, su ecuación. Dice que "la concentración y la capacidad para resistir a las fuerzas emocionales son rasgos estrechamente vinculados con la inteligencia",

pero ¿tal vez no al coeficiente de inteligencia? No conozco ningún test de inteligencia en el que se mida la capacidad de alguien para permanecer tranquilo. No, si la ecuación de Levitt es utilizable, y no tendríamos por qué descartar una formulación tan valiente a nuestra disposición, entonces deberían incluirse otros aspectos de la inteligencia, en particular la **inteligencia emocional**.

Esta expresión recibió una amplia difusión mundial a raíz del éxito de Daniel Coleman con su libro del mismo título (publicado en 1995), con el subtítulo *Por qué puede importar más que el coeficiente de inteligencia*. Muchos conocen el concepto de coeficiente de inteligencia (CI), y han tratado de vincularlo al ajedrez, pero la inteligencia emocional (IE) es un concepto relativamente nuevo, y que tiene gran valor si nos detenemos a considerar las causas habituales del error en ajedrez. En realidad, he llegado a pensar que probablemente haya algún tipo de vínculo entre la capacidad ajedrecística y la "inteligencia", pero necesitamos una idea mucho más global y fluida de la inteligencia, si queremos que la noción sea plausible. Por otra parte, y como espero que mi ilustración de los siete pecados capitales del ajedrez demostrará, hay razones para pensar no sólo que su capacidad para reconocer y utilizar sus emociones es tan importante como la forma en que piensa, sino que los dos conceptos, pensamiento y emoción, están inevitablemente unidos.

Lo mismo que Coleman, Damasio (*Descartes' Error, The Feeling of What Happens*), Le Doux (*The Emotional Brain*), Greenfield (*The Private Life of the Brain*) y muchos otros, han comenzado a argumentar que **todo pensamiento tiene algún contenido emocional**. El Dr. Damasio, por ejemplo, propone que no hay un solo producto químico para la emoción, y que la emoción está hecha de todo un paisaje de elementos químicos y procesos biológicos

del organismo que forman un entramado de asociaciones que se expanden hasta el cerebro. Esta propuesta se basa en un estudio de pacientes con un cierto tipo de daño cerebral (circuito de la amígdala prefrontal) que no afecta de forma directa a la capacidad cognitiva o al coeficiente de inteligencia. Esta gente era, en cierto modo, como el Mr. Spock de *Star Trek*, el ultrarracional semivolcano, que aunque podía razonar brillantemente, carecía de todas las emociones. Lo curioso, sugerido por el trabajo de Damasio, es que, en la vida real, Spock hubiera tenido problemas en la toma de decisiones y podría constituir un lastre para la nave espacial *Enterprise*.

A pesar de que los pacientes de Damasio tenían intacta su inteligencia, realizaban desastrosas elecciones en sus negocios y en su vida privada y sufrían verdaderas agonías para tomar decisiones tan sencillas como una simple cita de trabajo. El Dr. Damasio afirma que tales decisiones son tan malas porque ya no pueden contar con su "aprendizaje emocional", que está almacenado, sobre todo, en la amígdala prefrontal. Sin esta fuente de emociones, todo lo que se presenta a la conciencia adopta una especie de blanda neutralidad y no tenemos apuntes emocionales que nos permitan sentir preferencias o inclinaciones. Evidencias de este tipo le llevaron a Damasio (y a otros, más tarde) a la posición antintuitiva de que **las emociones son indispensables para la toma de decisiones racionales**. Estas sensaciones nos orientan en la dirección adecuada, donde la fría lógica puede tomar el relevo. De modo que lo fundamental es que el cerebro emocional está totalmente implicado en el cerebro pensante.

Para reforzar este punto, consideremos los experimentos que han demostrado que la gente muestra un abierto rechazo al zumo de naranja cuando está envasado en una botella similar a un frasco esterilizado para la orina, o no puede

convencerse a nadie de que coma dulce de azúcar en forma de heces de perro, y que aunque la saliva no es desagradable mientras esté en nuestra boca, muchos no podrían tragar una cucharada de sopa en la que ellos mismos hubiesen escupido. No somos tan racionales como tenemos tendencia a creer y, en general, estamos dominados por nuestras emociones. Muchos de nosotros inventamos racionalizaciones para explicar nuestros actos o nuestras decisiones a nosotros mismos o a los demás, porque no queremos estar a merced de nuestras emociones. Ciertamente, nos referimos de forma peyorativa a gente así (aunque, en realidad, así somos todos nosotros) como individuos "irracionales".

Si este pensamiento recorre el camino correcto, eso significa que cada vez que uno piensa ante el tablero, también está sintiendo alguna emoción, ¡y esto no debería ser sorprendente! Puesto que el ajedrez, según creemos, fue concebido como una especie de guerra simulada, no deja de ser del todo coherente que nos sintamos emocionados en el corazón de la batalla. Por cierto, creo que, hablando de corazón, esto llega precisamente al corazón de lo que está mal orientado en estos estudios psicológicos, a saber, que hacen abstracción de esta batalla. Un jugador de ajedrez no "piensa" de la misma forma cuando está alejado de la tensión emocional de la contienda, porque sus circunstancias no le obligan a "sentir" las mismas emociones. El error que estos psicólogos cometen es pensar que la función cognitiva opera de modo independiente de la emoción, y por consiguiente, de idéntico modo ya se trate de un experimento que ante el tablero, pero en realidad, tenemos todos los motivos del mundo para creer que el pensamiento de un jugador de ajedrez está empapado de emociones. Así que, a quienquiera que haya pintado el ajedrez como un "paraíso de racionalidad", le respondería que esa utopía puede existir, pero que, en

cualquier caso, se basa en fundamentos emocionales.

Viejos hábitos, nuevas soluciones

Todo lo que hay en el universo se encuentra dentro de ti. Pregúntatelo todo a ti mismo.

RUMI

Hemos llegado al final de este prefacio, pero apenas estamos a punto de comenzar el libro de ajedrez propiamente dicho.

He sugerido que una buena forma de pensar acerca del valor del ajedrez es como una buena oportunidad de experimentar los placeres de la "productividad intelectual". También he sugerido que somos los instrumentos de esta productividad y que imprimimos carácter al juego del ajedrez con nuestros pensamientos y emociones personales. Debido a la compleja naturaleza del juego, y más aún a la naturaleza compleja de nuestro propio ser, nos encontramos todos en una "condición pecadora", en el sentido de que no tenemos una idea clara o concluyente sobre el juego y cómo deberíamos

afrontarlo. Esta condición da lugar a ciertos pecados que son la fuente del error en ajedrez. Nuestra relativa vinculación con estos pecados también guarda relación con nuestra personalidad, pero compartimos el hecho de que todos nosotros tenemos una constitución mente/cuerpo que toma decisiones ajedrecísticas sobre bases tanto mentales como emocionales.

Los capítulos siguientes tratan de estos pensamientos y emociones. Para la mayoría, si no para todos, los procesos de toma de decisiones serán habituales y resistentes al cambio. De modo que enfatizaré no sólo en aprender a pensar y sentir de forma diferente, sino también a *desaprender* aquellos procesos que van claramente en detrimento de las buenas jugadas. Para ser efectivos, esto requerirá una mente abierta y honestidad por parte del lector. En consecuencia, espero que los capítulos que siguen le aporten una buena carta de navegación para hallar el rumbo adecuado, a través de sus pensamientos y emociones en lo que se refiere al ajedrez, pero desconozco el territorio que, por supuesto, le pertenece por entero a usted.